

Enterrado por placer





Enterrado por placer



EDMUND CRISPIN

*Traducción del inglés a cargo de
Magdalena Palmer*



IMPEDIMENTA



Título original: *Buried for Pleasure*

Primera edición en Impedimenta: abril de 2017

Copyright © Rights Limited (a Chorion Company) 1948

All rights reserved

Copyright © Rights Limited, 2016

Translation copyright © 2017, by Magdalena Palmer

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Nerea Aguilera

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-79-6

Depósito Legal: M-12082-2017

IBIC: FC

Impresión de sobrecubierta: Frampa

Impresión de cubierta e interiores: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Peter Oldham

*El lunes, entierro por salud;
el martes, entierro por virtud;
el miércoles, entierro por dinero;
el jueves, entierro por asueto;
el viernes, entierro por gusto;
el sábado, entierro a la una en punto;
y si en domingo es el entierro,
oficia el cura y vas al cielo.*

TRADICIONAL

CAPÍTULO I

— ¡Sanford Angelorum, fin de trayecto! —anunció el jefe de estación—. ¡Sanford Angelorum, fin de trayecto!

Después de reflexionar durante unos instantes, el hombre añadió al anuncio la palabra «¡final!» y abandonó la escena por una puerta en la que rezaba un cartel de «PRIVADO».

A Gervase Fen, que dormitaba solo en un compartimento estrecho y sofocante cuyos cojines soltaban una nube de hollín al menor movimiento, no le quedó más remedio que despertarse.

Contempló el crepúsculo estival por la ventana. Ante sí se extendía un andén diminuto y torcido en cuyos márgenes medraban unos hierbajos que algún alma caritativa debía de haber considerado un amago de proyecto hortícola. También alcanzó a ver una máquina expendedora de chocolatinas vacía, oxidada y volcada cual víctima de una guerra

robótica. A su lado, entre graznidos graves e indignados, un pollo asomaba la cabeza de una caja de cartón. Sin embargo, no percibió indicio alguno de vida humana y, en el horizonte crepuscular, no vislumbró nada mucho más cordial que una amplia extensión, al parecer infinita, de campos y bosques azulados.

Este panorama, que se le antojó árido y deprimente, le disgustó sobremanera. Pero lo único que podía hacer al respecto era quejarse... Así que se quejó un poco antes de abandonar el compartimento cargado con sus maletas. Aunque al principio creyó ser el único pasajero que se apeaba allí, pronto descubrió que se equivocaba, pues una joven rubia pulcramente vestida, de unos veinte años, salió de otro vagón y, tras echar una mirada indecisa a su alrededor, se dirigió a la salida. Justo antes de desaparecer, arrojó un cuadrado de cartón verde a una lata etiquetada con la palabra BILLETES. Fen dejó su equipaje allí mismo, en el andén, y la siguió.

Las puertas de la estación daban a una difusa franja de gravilla por la que no circulaba en ese momento ningún medio de transporte. Salvo por los pasos cada vez más lejanos de la joven, que ya había doblado la esquina, reinaba un silencio desolador. Fen regresó al andén en busca del jefe de estación, al que encontró sentado en su oficina, contemplando con expresión sombría una botella de cerveza sin abrir. El hombre alzó la vista con resignación para observar al motivo de la interrupción.

—¿Sería posible pedir un taxi? —preguntó Fen.

—¿Adónde se dirige, señor?

—A Sanford Angelorum. Me hospedo en The Fish Inn.

—Pues quizá esté de suerte... Veré lo que puedo hacer.

El hombre se levantó para ir hasta donde se encontraba el teléfono y empezó a hablar, mientras Fen lo observaba desde el umbral. Entretanto, el tren en el que había llegado profirió un silbido asmático y empezó a retroceder. Poco después desapareció por donde había venido.

El jefe de estación acabó la conversación y volvió cansinamente a su silla.

—Todo arreglado, señor —dijo en un tono complacido, como una comadrona que anuncia que un parto complicado ha concluido con éxito—. El coche estará aquí dentro de diez minutos.

Después de que Fen le diese las gracias y un chelín, el hombre reanudó su absorta contemplación de la cerveza, de un modo que al profesor le llevó a pensar que tal vez hubiera renunciado al alcohol y ahora meditara con nostalgia sobre los placeres prohibidos.

Mientras tanto, el pollo había logrado sacar la cabeza por una abertura particularmente estrecha de la caja y no conseguía volverla a meter. El animal observaba con perplejidad un cartel electoral, ilustrado con una fotografía deslucida, que rezaba: «Votar Strode es votar prosperidad». Ya ni siquiera se oía el sonido del tren. Una bandada de grajos, manchas oscuras en el cielo gris, volaba hacia su nido para acostarse, y un murciélago revoloteaba atolondrado sobre las vías, persiguiendo su cena. Fen se sentó encima de una maleta y esperó. Ya se había terminado un cigarrillo y estaba a punto de encender otro cuando el ruido de un motor lo devolvió a la actividad. Cargado con su equipaje, regresó a las puertas de la estación.

Contra todo pronóstico, el taxi era nuevo y confortable, y el conductor también resultó ser particularmente atractivo:

una joven delgada, morena y bonita, vestida con pantalón y jersey azules.

—Siento haberle hecho esperar. De vez en cuando me paso por aquí a esta hora por si alguien necesita un taxi, pero no suele apearse ningún viajero. Francamente, no vale la pena... Permítame que le ayude con las maletas.

Guardaron el equipaje en el maletero. Después de que Fen solicitara permiso para sentarse en el asiento delantero, que le fue concedido de inmediato, se pusieron en camino. Como nada en la creciente oscuridad del paisaje exterior le llamaba la atención, Fen se dedicó a contemplar a su acompañante. Admiró sus ojos verdes, su boca carnosa y el cabello lustroso que iluminaba la luz del salpicadero.

—No hay muchas jóvenes que ejerzan de taxistas, ¿verdad? —se aventuró a decir.

Ella apartó los ojos de la carretera durante un breve instante para observarlo detenidamente. Y vio a un hombre alto y esbelto de cara rubicunda, alegre y bien afeitada, cuyo cabello castaño se amotinaba en mechones rebeldes sobre la coronilla. Le gustaron especialmente sus ojos, que denotaban humanidad, comprensión y mucha picardía.

—Supongo que no. Pero no es una mala vida si una es la dueña de su propio coche, como en mi caso. Ha sido una buena inversión.

—¿Siempre se ha dedicado a esto?

—No. En realidad, pasé una temporada trabajando en la cadena Boots, en la sección de préstamo de libros.¹ Pero aquello no me sentaba bien, a saber por qué... Me mareaba.

1. Boots tenía un sistema de préstamo de libros que permitía sacar un libro de una de sus tiendas y devolverlo en cualquier otra tienda de la cadena.

—Inevitable, diría yo, pues me temo que al final en Boots los libros dan más vueltas que un tiovivo.

De pronto, en mitad de la penumbra, apareció ante ellos un árbol caído que ocupaba parcialmente la carretera. La joven maldijo por lo bajo, frenó y lo esquivó con cuidado.

—Siempre se me olvida que ese condenado tronco sigue ahí. El temporal lo derribó y hace días que Shooter tendría que haberlo retirado. Es su árbol y, por tanto, su responsabilidad. Pero ese hombre es muy descuidado. —Volvió a acelerar y preguntó—: ¿Ha estado usted antes en esta parte del mundo?

—Nunca. Queda bastante lejos de cualquiera de los lugares que suelo frecuentar —respondió Fen con sequedad. Los paisajes bucólicos no eran de su agrado.

—¿Se alojará en The Fish Inn?

—Sí.

—Pues entonces quizá debería advertirle... —La chica se contuvo—. No, qué más da...

—¿Qué pasa? —preguntó Fen, inquieto—. ¿Qué iba a decir?

—No, nada... ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—No acabo de creerme del todo ese «nada».

—En cualquier caso, tampoco es que vaya a encontrar otro sitio en el que alojarse, por mucho que busque.

—Pero... ¿es que debería querer alojarme en otro sitio?

—Sí. No. Es decir, es un pub muy bonito, pero... ¡Maldición!, ya lo verá usted mismo. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —repitió la taxista.

Y como resultaba evidente que no iba a conseguir sonarle nada más, Fen respondió a la pregunta.

—Hasta después de las elecciones.

—¿No será usted Gervase Fen?

—Pues sí.

La taxista lo observó con curiosidad.

—Claro, tendría que habérmelo figurado... —Después de una pausa, añadió—: Empieza algo tarde su campaña, ¿sabe? Solo falta una semana para las elecciones, y no he visto ni un folleto suyo ni un cartel ni nada de nada.

—Mi agente se está ocupando de eso.

La joven meditó esa respuesta en silencio.

—Oiga, usted es profesor en Oxford, ¿verdad?

—De lengua inglesa.

—¿Y por qué demonios...? ¿Por qué se presenta a las elecciones? ¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza?

Como a veces hasta el propio Fen desconocía los motivos de sus acciones, no se le ocurrió ninguna respuesta convincente.

—Quiero servir a la comunidad —declaró.

La taxista lo observó con desconfianza.

—Bueno, ese es uno de los motivos, al menos —corrigió Fen—. También empecé a sospechar que mis intereses se estaban volviendo demasiado limitados... ¿Se ha encargado usted alguna vez de publicar una edición definitiva de Langland?

—Por supuesto que no —repuso la taxista, ofendida.

—Pues yo sí, y acabo de terminarla. Y ha producido en mí un efecto psicológico de lo más extraño. Hasta empecé a preguntarme si no estaría enloqueciendo. Lo único que se me ocurrió entonces para remediarlo fue cambiar radicalmente de ocupación.

—Lo que significa que la política no le interesa en absoluto —dijo la joven con inesperada severidad.

—Bueno, yo tampoco diría eso —se defendió Fen—. Mi idea, si salgo elegido...

Pero ella negó con la cabeza.

—No saldrá elegido, ¿sabe?

—¿Por qué no?

—Aquí siempre han ganado los conservadores. No tiene absolutamente nada que hacer.

—Ya veremos.

—Puede que su participación en la campaña confunda un poco las cosas, pero al final no influirá en el resultado.

—Ya veremos.

—De hecho, tendrá suerte si no pierde su depósito... ¿En qué consiste su programa?

La seguridad de Fen flaqueó un poco.

—Hmmm, prosperidad —dijo vagamente— y exportaciones y libertad y cosas así. ¿Me votará?

—No puedo votar, soy demasiado joven. Pero estoy haciendo campaña a favor de los conservadores.

—¡Oh, vaya!

Guardaron silencio. Los árboles y los sotos se asomaron fugazmente a la oscuridad y volvieron a desaparecer, como barridos por una mano gigantesca. Los faros iluminaron las florecillas que dormían junto a los setos mientras el aire de aquel maravilloso verano penetraba como una cálida marea por las ventanas abiertas. Entre frenéticos saltos de sus blancos rabbitos, los conejos corrían a refugiarse en sus profundas y reconfortantes madrigueras. Y entonces la carretera comenzó a descender suavemente y, por primera vez, Fen vio las luces dispersas del pueblo...

De pronto, la joven giró el volante con brusquedad y pisó el freno. El coche redujo drásticamente la velocidad,

impulsándolos hacia delante, luego derrapó y al final se detuvo. Fen y la joven taxista vislumbraron, a la luz de los faros, una forma humana.

Ambos la observaron con incredulidad, y la figura les devolvió una mirada no menos perturbada. A continuación agitó los brazos, soltó un sonido de lo más extravagante y corrió hacia el seto, que atravesó dificultosamente por una pequeña brecha. Poco después, sangrando por los numerosos arañazos que le habían causado las ramas, la perdieron de vista.

—¿Estoy soñando? —preguntó Fen.

—No, claro que no... Yo también lo he visto.

—¿Un hombre? ¿Joven y bastante corpulento?

—Sí.

—¿Con quevedos?

—Sí.

—¿Y completamente desnudo?

—Sí.

—Me parece un poco raro —aventuró Fen, en un alarde de inusitada precaución.

La joven, que había permanecido hasta ese instante sumida en sus pensamientos, abandonó de repente la perplejidad inicial, pues, al parecer, había encontrado una explicación.

—¡Ya sé lo que era! ¡Un loco que se ha escapado del manicomio!

A Fen, aquella interpretación le resultó excesivamente convencional, y así se lo hizo saber.

—¡No, no se crea! —dijo la taxista—. Lo cierto es que hay un manicomio cerca de aquí, en Sanford Hall.

—También podría tratarse de alguien a quien le han robado la ropa mientras se daba un chapuzón.

—No encontrará ningún sitio para darse un chapuzón en las inmediaciones. Además, no he visto que ese hombre tuviese el pelo mojado. ¿Y a usted no le ha parecido un loco?

—Sí, la verdad es que eso es precisamente lo que parecía —reconoció Fen—. Supongo que debería salir tras él —añadió sin el menor entusiasmo.

—Me temo que a estas alturas ya estará muy lejos de aquí. Cuando llegemos al pueblo se lo contaremos a Sly, el policía local. No podemos hacer nada más.

Algo preocupados por lo sucedido, reanudaron la marcha hacia Sanford Angelorum. El taxi se detuvo delante de The Fish Inn.